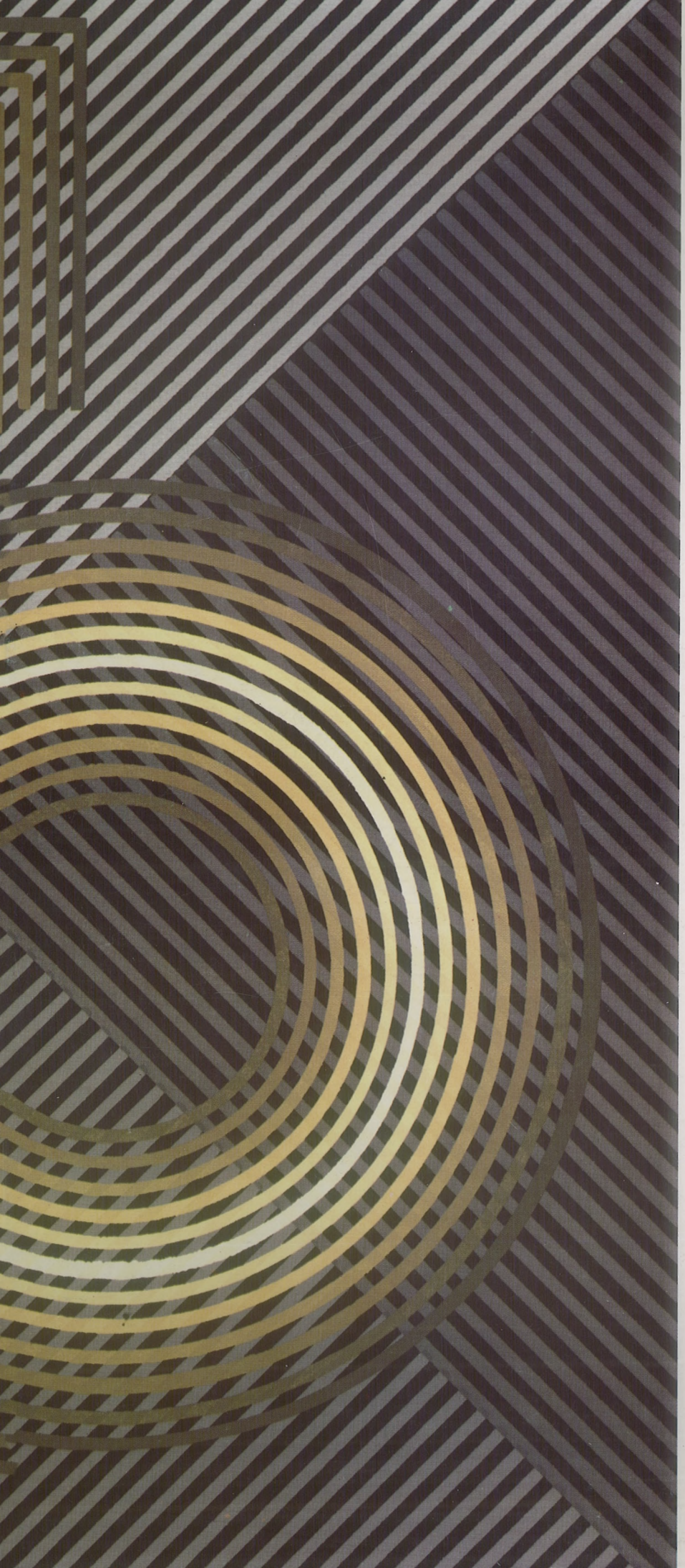


FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA núm. 12

Suplemento de la Revista
«Instituto de Estudios Alicantinos»

Excma. Diputación Provincial de Alicante

ABRIL, 1981

DIRECTOR: ADRIAN ESPI VALDES
SUB-DIRECTOR: Manuel Martínez Blasco
CONSEJO ASESOR: Juan de Dios Aguilar Gómez
Enrique Llobregat Conesa
Manuel Martínez Blasco
Vicente Martínez Morellá
Juan Antonio Montesinos Busutil
Luis Rivera Pérez
CONSEJO DE REDACCION: Vicente Mojica Benito
Juan Mateo Box
José Antonio Cía Martínez
Enrique Llobregat Conesa
P. Francisco Espinosa Cañizares
Gaspar Peral Baeza
Gregorio Hernández Rodríguez

Portada: Obra del artista EUSEBIO SEMPERE
de la colección del I.E.A.

Depósito Legal: A.444-1974

Gráficas DIAZ - Calle Marte, 6 - Alicante

Nueva Poesía Joven

FRANCISCO ALONSO RUIZ
LORENZO HERNANDEZ GUARDIOLA
ELEUTERIO GANDIA HERNANDEZ
RAMON SANCHIS FERRANDIZ
SILVIA GARCIA DEL PINO
JOSE LUIS GARCIA DEL PINO
JOSUNE INTXAUSPE
MIGUEL RUIZ MARTINEZ
ROSA MARIA BERNABEU

Ilustran este número los siguientes jóvenes artistas:

JOSE AGULLO ROMAN • EUTIQUIO ESTIRADO PARRILLA • JOSE LUIS GARCIA • JOSE GARCIA POVEDA • JOSE VICENTE LEGUEY • LUIS MACIA FENOLL • MANUEL MACIA MARTINEZ • RAMON TORRES TORRES • JOAQUIN VAELLO

FRANCISCO ALONSO RUIZ nació en Alicante, en el año 1948. A los trece años abandona la escuela para ayudar a su familia trabajando. Desde pequeño siente inclinación por la Poesía. Lee con avidez cuanto cae en sus manos y desde muy joven empieza a escribir. Ha publicado varios poemas en la Revista I.E.A. y en «Idealidad». Es un excelente sonetista y siente admiración preferente por Antonio Machado y Miguel Hernández. Entre los clásicos, se queda con D. Francisco de Quevedo. Tiene un libro de poemas escrito, «Testimonio de tiempo», de próxima publicación.

Esperanza

Esperanzado estoy sobre la gana
que tengo de vivirme cualquier día.
De morirme no digo la hora fría
ni el sonido silvestre de campana.

Esperanzado estoy por la mañana
y más esperanzado al mediodía.
Caen las hojas redondas de alegría
conmoviendo la luz en la ventana.

Esperanzado estoy... mas no es aún hora
propicia para el sueño o para el canto
y conviene decir lo que se advierte.

Que ya va por la luz madrugadora,
sin esperanza, amarga como el llanto,
Nuestra Señora del Dolor, la Muerte.

La guitarra

Tomar entre las manos la guitarra
y con un cante apaciguar las penas.
Tienen sus cuerdas tactos de azucenas
y un escondido llanto que desgarra.

Una escondida queja nos agarra
el corazón, con las tonadas buenas
de los viejos flamencos las serenas
tardes bajo la sombra de la parra.

Te tuvo entre sus manos Federico
un día ante las torres de Granada
y arrancó de tus cuerdas un sollozo

que se fue bajo tierra. Yo suplico
oír cuando me muera una tonada
llena de dramatismo o de tu gozo.

Pájaros en mi mano

Tengo en la palma abierta de la mano
cien pájaros de alegre primavera
y un nuevo corazón que se quisiera
romper y darse con amor pagano.

Darse con un esfuerzo sobrehumano
a todo lo que vive, lo que espera
una canción futura y verdadera,
tal vez un himno masculino y sano.

Palomas de la paz tengo en mi huerto,
rosas que llenan todos los balcones,
soles para mirar al Mediodía.

Miradme el corazón que tengo abierto,
encendido de brisas y canciones,
de juventud, de fuerza, de armonía.

El soneto

Yo no sé si fue un viento que viniera
de otra tierra, moviendo la cuartilla;
no sé si en ella se quedó semilla
o polen de futura primavera.

Cuándo ignoro fue por vez primera
cuándo ansié modelar como una arcilla
la palabra más clara y más sencilla
con amor para todo el que la espera.

Pero imagino que fue así: lloraba
cualquier dolor aquella hermosa tarde,
el dolor más hermoso y más secreto.

Y mientras mi tristeza sollozaba
algo brotó muy dentro, donde arde
el corazón. Y me nació el Soneto.

Mis riquezas

Tengo un dolor subiendo por mi ceja
y rompiendo la pena en mi pestaña,
un dolor que me oprime y que me araña
con los estambres de su piel más vieja.

Tengo una mar que dentro es una queja
y una muerte que afila su guadaña.
Tengo un abecedario que me engaña
desde un silencio de abismada abeja.

Todo lo tengo atado a mi agonía
y a mi parcela de pasión terrestre
y a mi salvaje afán desesperado.

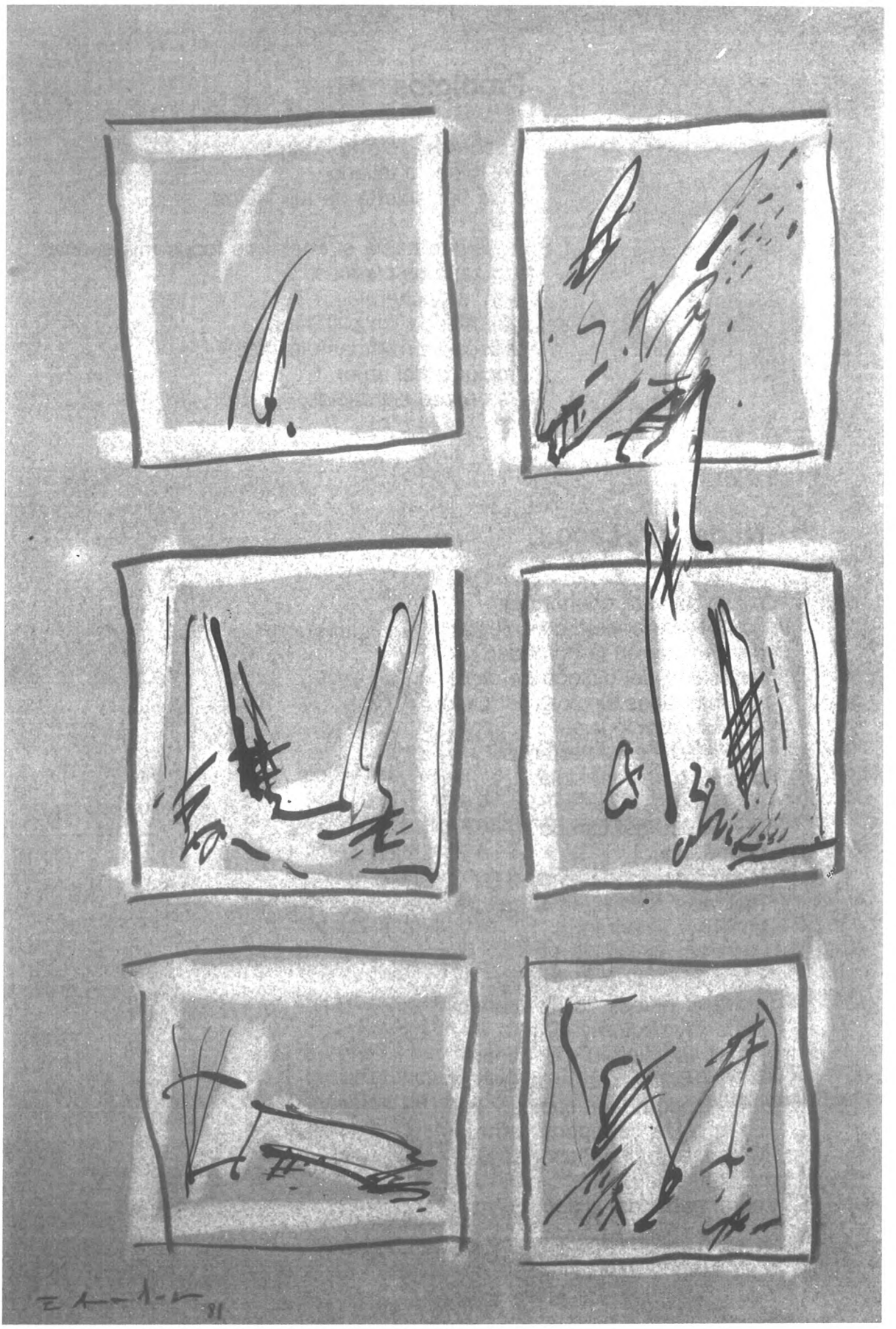
Que se enciende mi sangre todavía
mientras me queda un resplandor silvestre
y un poco de esperanza en un costado.

LORENZO HERNANDEZ GUARDIOLA nació en Alicante en el año 1953. Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor Numerario de Formación Humanística, en el Instituto Politécnico de Alicante y Jefe de Estudios del mismo. Ha publicado: «Diccionario de escultores alicantinos», «Vida y obra del pintor Nicolás Borrás», «Vicente Bañuls, un escultor de entre siglos», «Nuestro tesoro artístico», «Nuestra Historia», la novela «Juana la lápices» y el poemario «Poemas tachados», así como numerosos artículos y poemas sueltos. Traemos aquí una muestra de su poesía.

Al mar o a ti

A Helena, mi compañera

Así,
admitiendo el aire cristalizado
y la ola hecha estatua,
detenido incluso el pensamiento,
estaré esperando.
Así,
con el tiempo, piando
aires de libertad, enjaulado
y la palabra gastada
por la razón etílica
voy a esperarte sentado.
Me sentaré en la orilla de tus lágrimas,
recogeré las piernas y los brazos
y el viento será silencio.
Y luego,
cuando tú y yo estemos solos,
podrás revelarme tu secreto
en voz baja,
chissss,
en voz muy baja.



Prodigios

Tu cuerpo, sólo tu cuerpo
y el silencio tallado
en la flor abierta de tus labios.
Ven.
Te llevaré hacia el cristal de todos mis sueños
con zapatos blancos
y en la noche,
más allá de los planetas,
conocerás músicas distintas:
prodigios del amor
y su mago escondido.

Nada, si acaso...

Ay, la palabra encharcada
como zapato viejo de colegial,
desgastada en la humedad
rebosante del diálogo perdido!
Ay, las nubes sin rozar el cielo,
sucias en el lodazal
de los sueños enterrados
bajo el barro del siglo,
ay, sin soñar, qué difícil
la muñeca del tiempo
y su sentido!
Y esta música latiendo
melodías nuevas en la sangre
etílica y desbordada
del sentimiento puro,
cómo encontrar sus notas
etéreas, huidas de las manos
de la crispación y el grito.
Ay, sí, la soledad y el gentío
y la verdad a cuarenta el kilo
en el zoco de los sabios,
en la plaza del oportunismo.
Cómo, escucha, soportar
tu figura de poeta
en el babel del siglo!

ELEUTERIO GANDIA HERNANDEZ nació en Villena (Alicante) en el año 1952. Es Ayudante Técnico Sanitario. Poeta de gran sensibilidad, ha convivido con los muchachos marginados de las Fundaciones de Nazaret, prestándoles su ayuda y los servicios sanitarios, con lo cual ha condicionado su poesía hacia la necesidad de ayuda al hombre desvalido. Aunque viene sintiendo inquietudes literarias desde hace varios años, ha sido en 1980 cuando ha publicado su primer poema en una Revista de Fiestas de Villena, obtuvo su primer premio en un Certamen organizado por la Asociación Provincial de Amigos de los Castillos, y ha dado su primer recital poético en su pueblo, con gran éxito de asistencia y crítica. Por vez primera, publica una muestra de su poemario en este número de Forma Abierta.

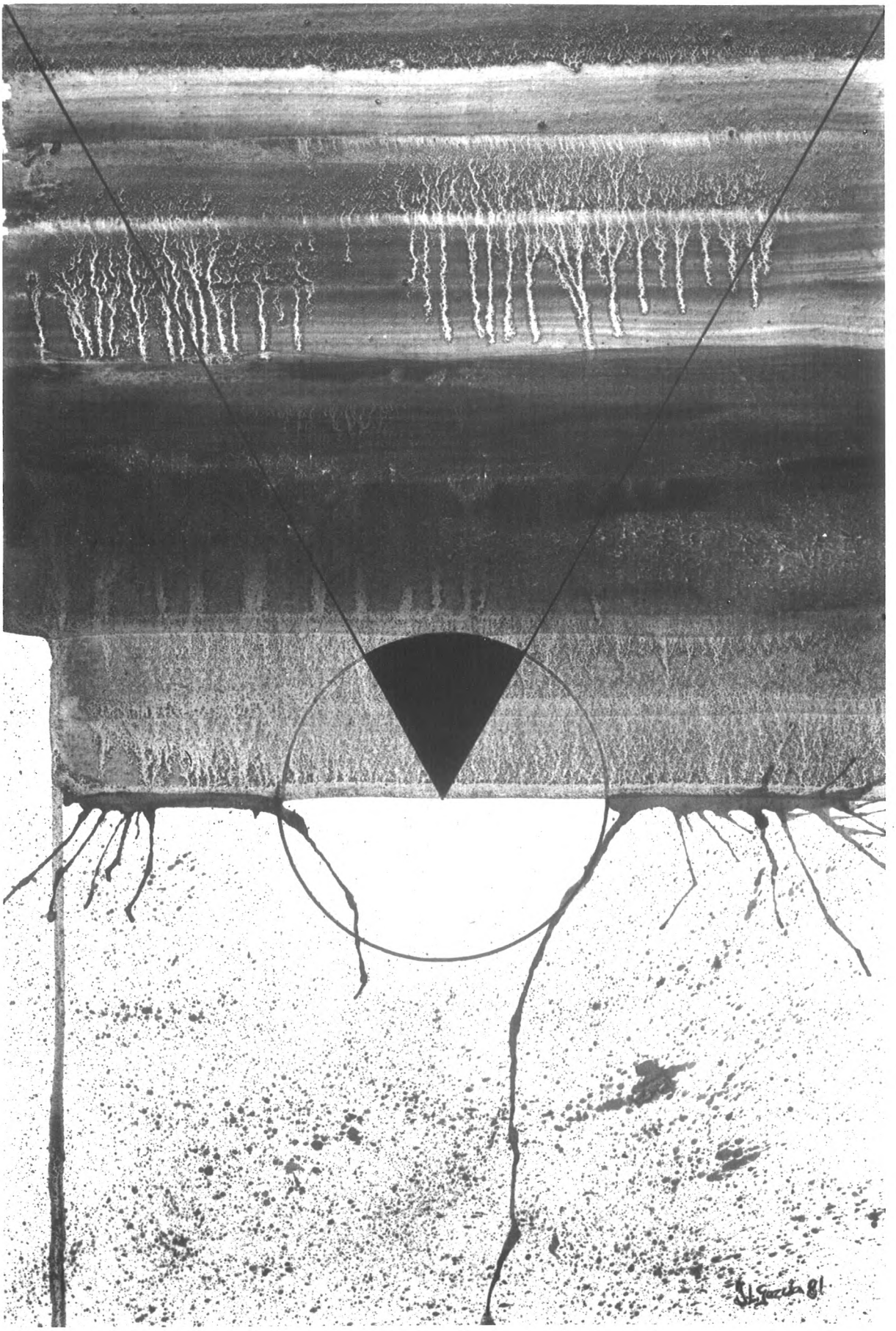
Mujer

Desde el silencio de la tarde claroscura
—semilla de cementerio—
voy fabricando invadido por la calma
tu cuerpo de mujer, blando y sereno.
La sementera de lo incierto
y el silencio lejano
me traen los materiales.
Así... entretejo
tus cabellos lacios para el tapiz del sueño,
doy forma a las órbitas salientes
de tus ojos, a los párpados,
impregno de sal labios de arcilla
y sujeto entre las mías,
la arena de tus manos;
hilvano un alma al cuerpo
y dibujo un sexo alegre,
abismo del orgasmo, matriz del eco.

En decidirse la tregua del silencio
y rasgarse el velo
en la tarde claroscura de los muertos,
arrullaré tus rizos en las mieles del romero,
te rociaré de besos
y trabajaré tus pechos
con mis toscas manos de alfarero.

Era la tarde

Era, la tarde;
como un regalo cariñoso
las palabras cromáticas
brotaron;
ascendió el amor su vuelo
hacia la cripta que las nubes
negaban.
Era, la tarde;
efluvios de besos besaron
el ardiente reflejo
de un espejo dorado;
hombres sedientos bebían
la sal mansa, del lago
caluroso, en el abrazo.
Era, la tarde;
el sol rojizo se apagaba,
la luna pulida
anocheció en mis brazos.
Era... la tarde,
lenta y majestuosa,
solemne en su misericordia.



De la tierra al mar

Hay una tierra que me inunda
más que el mar y el soplo
que me brinda;
y de esa tierra
el aire tomo
como el eco sonoro
que retumba sobre la brisa.

Para negar el mar
y el ave marinera,
traje de la tierra
una piel de grietas,
manos de ausencia
y una sencilla
sencillez de avena.
Así, la tierra,
—manos, hombres,
escarcha, sementera,—
el aire de la playa
enturbia.
Así, la tierra,
—manos, hombres,
escarcha, sementera,—
hiere
al puerto y su escollera,
sonrisas de la vida impuesta
que gravitan como espectros
en mi sencillez de avena.

Dualidad

Me encontraréis seguro
sentado ausente
y un tanto estrafalario
entre los humos de un bar,
en el alma agreste de la gente
o en la oscuridad;
en mis manos, seguro,
un vaso y el vino,
tenues sueños de borracho
y probablemente un amigo.

Mas no penséis por lo que digo
que me oculto siempre,
no,
a veces doy la cara
que generosa ofrezco
al alma lisa de una playa,
bebo sus besos,
amo una montaña;
a veces también,
busco ansioso
la luz de una esperanza.

Ansiedad

No sabría deciros
si la finísima ansiedad
que siento recorrerme
como un galope
agudo de alfileres
dentro del espacio lento
y exasperado del alma,
es fruto sazonado y maduro
del vacío absoluto
que invade la tardanza
de un mendrugo duro
de breve esperanza.
No sabría explicaros
—no comprendo—
el aire inerme
que zurea como un vuelo
de pasión en cuerpo leve;
debe ser la tarde
o el silencio de la noche
roto en mil pedazos
por la luz inerte
y candorosa de un regazo.
No sabría deciros,
—ya nada entiendo—
si las palabras que oculto
vuelven al río
de ansiedad que ocupo.
Ansiedad,
sólo tú palpitas
mientras nocturna la soledad,
muere enjuta y agrietada
en el susurro.

Esperanza

Presiento, esperanza,
tu oleaje de paz marina
en forma abstracta de mirada
y cuerpo de paloma aterciopelada;
presiento tu presencia
—sólo concreta en horas sonoras—
desprenderse en finas gotas
de amor, sobre las olas.

Presiento esperanza
tu presente sincero de ternura
derramada en besos,
y tu presente agitado
de ansiedad violeta;
presiento, tu amor de amar
en fechas lentas, hermosas
tiernas y tan suaves
como una sonrisa sedosa;
presiento que estás cerca
en esta lejanía inexcrutable
o en el aire que separa
distancias inalcanzables.

Te presiento y sé de ti,
desnuda, inundada
por la flor que despierta
en el pétalo del hombre
a la madrugada,
y me inundo de ti esperanza,
y de ti vivo
la vida por vivir
que me deparas.

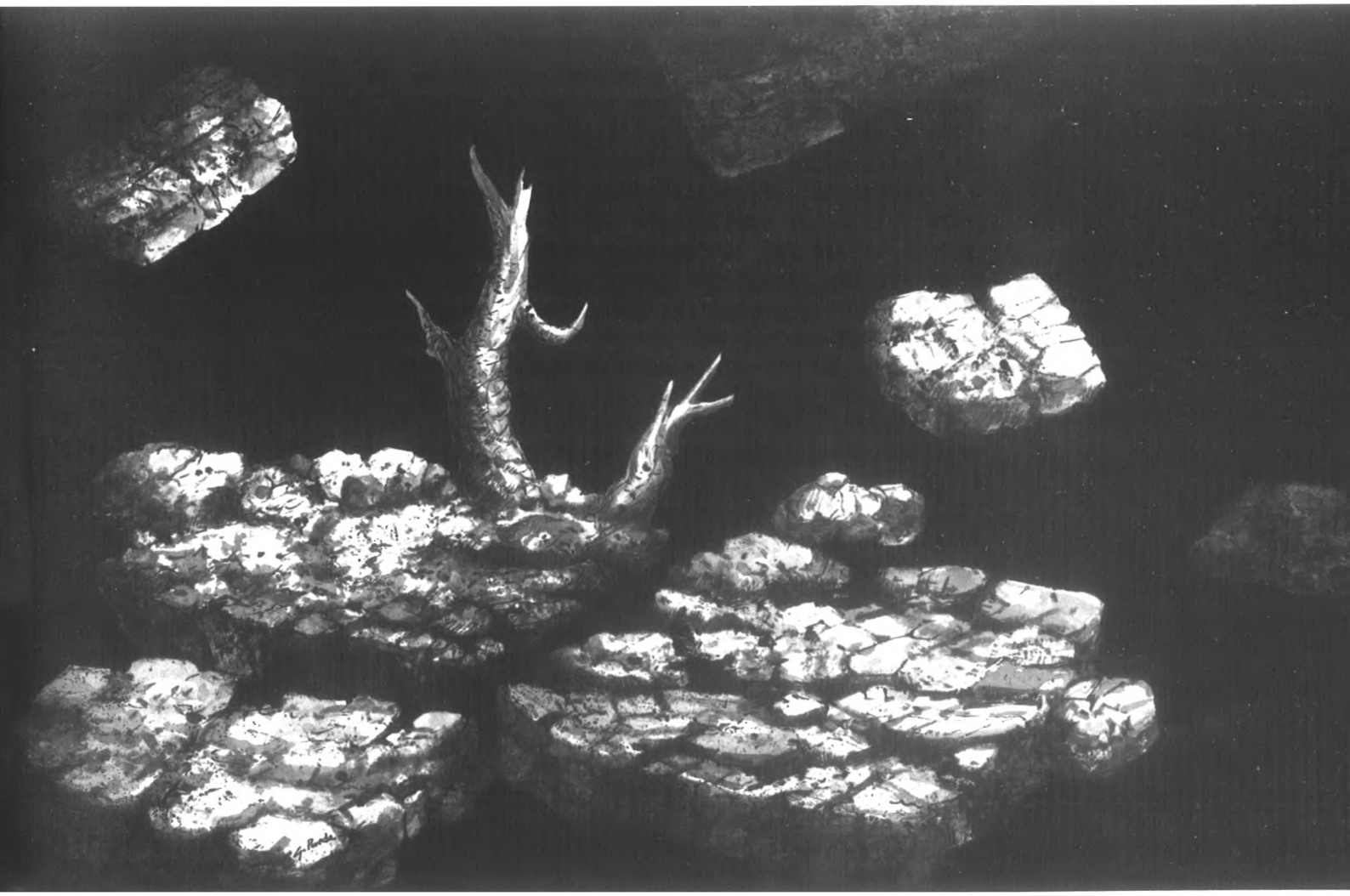
RAMON SANCHIS FERRANDIZ nacido en el pueblo alicantino de Ibi, tiene en la actualidad 24 años. Es estudiante de Ingeniería de Caminos en la universidad Politécnica de Valencia y ha compaginado en un difícil equilibrio su trabajo con su afición literaria.

Cuenta con tres libros inéditos que a modo de antología guardan el proceso de avance literario, ese proceso de descubrimiento paulatino de nuevas formas y nuevos temas. Si bien lo que aquí se expone son poemas; su última actividad se centra por los caminos del cuento y la prosa.

Fue premiado en los juegos florales de Ibi en 1976 y anteriormente publicó en pequeñas revistas a nivel de centros de enseñanza. Sus primeros pasos de cara al público son esta modesta presentación en la revista del Instituto de Estudios Alicantinos. Sus obras han sido firmadas siempre con el seudónimo de Judá y como definitorio de ellas trata de captar de su tierra, de su luz levantina la fuerza de sus imágenes literarias y busca en los pequeños sentimientos cotidianos de la persona humana aquel aliento que la ensalza a la categoría de excelsa, y que provoca con su ternura la necesidad de amarse y de sentirla fruto de lo trascendente.

I

Gime la tarde con la sien partida
y se desboca en un llanto de oro,
se inflama en el solaz rellano de
la noche, augusta de color y miel.
Bajan presurosos los corceles blancos
de la sierra a la marisma, egregios,
incendiados los ijares y las frentes,
caballos y jinetes desploman su canto de espejos.
Espuelas, cintos, bordados y terciopelos
van llamando a la luz que las vista
de oro y plata, que enjaece manos y cuerpos
de los preclaros paladines de la sierra.
¿Dónde vais altivos señores en la tarde?
¿Cómo vosotros por los caminos a la grupa?
¿No es vuestro lugar la adusta montaña?
¿No sois vos los dueños de viñedos y sierra?
Y pasan con su silencio en las bocas,
con sus miradas cristalinas, con los tersos encajes,
buscando el llano en la noche oscura y susurrante,
escondidos en modales tramando quizás insidias.
Ya pronto el sol declina agazapado por el frío,
yerta queda la campiña a su vehemente paso,
y el cielo se rasga las vestiduras temeroso,
¡escóndete, huye a los confines con tu yegua!
En la noche de espliego y aceituna
cantan los demonios por los boquetes del cielo,
afuera tiritan las tejas como si fueran hojalatas,
riela la luna y cuatro siluetas se perfilan.
Ya para ti no quedan portalones ni refugios,
ni pozos que te den agua, ni manos amistosas,
se quiebran los cielos en lloros rogando por ti,
y hasta los pájaros han enmudecido después que el viento.
Están cavando tu tumba bajo los relumbrones
de la luna y nadie les hace compaña,
tan sólo un perro aulla sus versos gemelos,
tendrás pronto el rostro deshecho, gitano.
Y ningún llanto regresará tu dulce mano,
nunca más perseguiré cuerpo alguno,
y nunca tantas oraciones parecen tan pobres,
pues hasta los cipreses se erizan conociendo tu destino.
Gitano de honda estirpe, huye, pues vienen
en tu busca desde Ronda cuatro aguerridos jinetes,
y buscan, cielo santo, la honra que quitaste
a aquella de sus hermanas que brillaba más que la luna.
Gitano de oscuros actos, enseña tus dientes si sabes,
pues ya las campanas preparan sus sones espaciados,
¡ay, tu faz broncínea qué cubierta imagino de sangre!,
¡ay, tu cuerpo de caracola y tus besos de canela!...
La noche se vuelve ácida, tu yegua se está ahogando,
cualquier ruido te inquieta y hasta las sombras
se esconden en el olivar y siento tu jadeo en mi
garganta que ¡ay! se va haciendo frío como el mármol.



A Toni Bañuls

II

A pesar del vano ritual de silencio
que enconadamente representamos,
en mi mente el diálogo contigo no cesa,
y es tan secreta la unión que mis actos
tienen con tu persona que no preciso decirte
que a cada paso vienes con mi sed de vida.
Pero esta luna llena que se apodera hoy
de los sentidos, se abate sobre mi voz,
y me es denegado el silencio a fin de que
prosiga el baile, que aquella danza se repita,
que el día en que nos consagramos
el uno al otro tenga de nuevo su eco.
No obstante sernos cada vez más extraños,
esta ciudad es mía en tanto que juntos la creamos,
este verso es mío en tanto que tú me lo diste,
lo criticaste, lo germinaste con tu aliento,
con el vaho cariñoso que ha pulido mi voz,
aquella voz que sopla ahora el amor sobre ti.
La playa encierra en su vaivén nuestra angustia
de antaño, nuestras horas de encierro, y entrega
hoy en su espuma la fresca libertad que nos
fue vedada, y las lunas se repiten en mis ojos
con los mismos colores que tuvieron para nosotros,
pues mi avance se ha estancado en el recuerdo.

III

Cuando pueda correr sólo por las callejas,
y alejarme de la ciudad por el camino de los chopos,
cuando pueda retozar a mi antojo
subiendo, aquí y allá, a todas las piedras
sin que tú me reprendas diciendo:
«baja que te matarás»...
Cuando mi deseo en la mañana sea
el de ver el arroyo pasar,
el de subirme a la higuera a jugar,
cuando ya tú no tengas miedo
de que con todo me vaya a cortar o dañar...
cuando ya no vivas para ti y para mí,
cuando pueda yo irme por el campo
ya a perseguir a los pajarillos,
ya a bañarme al río o a ver la luna pasar,
¿cierto es que pensarás que algo tuyo se va?
Cuando tome mi libro y suba despacio
por aquel camino de la sierra,
por aquel que baja el agua culebreando a su costado,
por aquel que cruza el cañaveral,
y me vaya en la tarde hasta las rocas
desde donde pueda acariciar mi valle,
donde pueda en mi libro leer, donde pueda
mi pluma escribir en paz como tú sueles hacer...
¿cierto es que entonces me reconocerás?

IV

Bajo la dorada espiga del mediodía
he fondeado en una playa desierta,
le enviaba mis arqueadas huellas enfurecidas,
me tendía en la arena durmiente
o caminaba entre las encendidas rocas,
vagando en el vértice del olvido
sobre la frutal y delirante piel de arena.
Aquí, en este silencio de espinas,
sacralizado por la punzante herida de la soledad,
a la escucha solamente de los ecos de mi pensamiento
y empeñado en el incendio de mis entrañas,
en el elemental deleite de una germinación
de fuego que se abre camino a cuchillazos,
en el racimo candente que pugna por emerger
bajo la solana pedregosa del nuevo estío de mi piel,
aquí, a la espera de una emanación confusa,
a la espera de la rosa de niebla excusada del rocío,
aquí en este silencio apacible,
aquí,
y desde este pensamiento atrevido,
sediento de altas constelaciones,
aspiro a no detenerme jamás.

V

¿Te ha cantado nadie alguna vez
como hoy te canto yo?
¿Te ha cantado nadie con esa voz
melosa que surge por la piel y por los ojos,
con ese cariño tumultuoso que transmito
con mi mente a tus sienes y te es placentero?
Nosotros que forzamos ciudades en la noche,
avaros de amor y conversación,
que tocamos la luna con la elevación de
nuestros sentimientos, diabólicos amantes,
fulgentes almas semejantes que decidieron
proscribir el amor entre sus cuerpos.
¡Oh!, que mientras vivas vague mi amor
por encima de tu conocimiento,
y que toda sensación de posesión
sea olvidada en mi amor secreto.
¡Oh, vasto espacio donde dormirme!
¡Oh, agrestes sombras que me acogéis
en la noche, evitadme vuestro sufrimiento!

No soy para ti el hombre nuevo,
no soy para ti la luz que esperas,
no soy el incienso que adula tus sentidos.
Pero, ¿te ha cantado nadie alguna vez
con la agonía de un crepúsculo que fenece?
Por encima del amor te ha abordado,
más allá del anhelo y del deseo, mi imaginación
ha tendido para ti un castillo de hadas,
una mesiánica tierra donde cada árbol,
cada viento y cada lluvia, canten con lágrimas
como yo sólo sé cantarte, gozoso y con lágrimas.

VI

Solamente yo superándome a mí mismo,
deslumbrándome con mis señales,
con las íntimas y recónditas visiones de mí mismo.
Solamente yo, alentando cualquier rebelión
encendida en el ápice de mis dedos o de mis ideas,
caminando sobre las cenizas hasta regenerar el incendio,
hasta preveer el dominio de cualquier
incendio imaginable, hasta saber intuir,
captar, refrenar o acrecentar cualquier cataclismo
que en mí o a mi alrededor
se presta a modificar mi trayectoria.
Planeo rebeliones en cada sueño
que abrillanten mi estrella,
que me eleven raudo hacia la cumbre,
buscando dejar atrás al poco aventajado poeta,
y regenerando mi sangre por instantes aspiro
a doblegar mi forma imperfecta de corcel desbocado.
Prosiga mi ciclón azotando la indolencia,
avasallando la penuria de lo mediocre,
corriente abajo en el hilo de mis venas
encáucense la inexacta materia y el desorden,
prorrumpan en el averno esencia que define
penumbra y melancolía, para regresar al duende paisaje,
trenzando animosamente el verso ilimitado y fantasioso,
el sueño mágico que tirita en la llama de los ojos.

SILVIA GARCIA DEL PINO nació en Bata (Guinea Ecuatorial) en el año 1962. Residió en Avila y desde hace casi siete años habita con su familia en Alicante. Desde hace varios años siente inclinación por la Poesía y han influído en su formación Bécquer, Machado y Vicente Aleixandre. En el año 1980 obtuvo el Tercer Premio de Redacción que se convocó en Alicante, con carácter provincial, en «El día del libro» sobre el tema de Quevedo. Estos son los primeros poemas que publica. Estudia C.O.U.

I

La lluvia, cada vez menos intensa,
todavía nos empapa,
pero el tiempo la va secando,
la va agotando lenta y pausadamente.
Ya casi se ha desvanecido,
mas nuestro cariño no se alejará con las últimas gotas,
gotas que, al extinguirse en la humedecida hierba, anuncian
el expirar de un cálido y hermoso invierno.

No vemos ya la ventana por la que pasamos
tiempo atrás,
pero nuestras huellas marcan el camino,
el sendero que dejamos...
y que tal vez otros sigan...
o quizás no.
En mi alma, esa lluvia y la ventana
continuarán presentes, infinita, indefinidamente,
como si una mano delicada pasara sus finos, sus suaves dedos
para no rasgarla.

Aún me queda la esperanza de otra lluvia venidera,
de una torrencial lluvia perenne,
mi lluvia,
y de esa ventana feliz que pueda mirar
desde un futuro.

II

Creo en palabras de vida, de verdad,
en paisajes sencillos, únicos,
frente a edificios de ciudades ahumadas.

Creo en la amistad,
en el secreto de dos personas
que se quieren, aun en silencio...

Creo en la mirada noble
de quien respeta tu intimidad,
sin constantes preguntas, sin insidias.

Creo en la sonrisa sincera,
como pocos dedican; en la sonrisa
de quien está a tu lado...

Creo en el yo, en su realización,
en la personalidad deseante de amor,
en la reflexión de un ser humano...

Creo también en la soledad,
eterna compañera, de caricias grises,
de miradas vacías, de oscuros pinares...

III

Los oigo. Rugir.
Sí, los truenos a lo lejano.
Canción triste y vieja, apolillada.
Secretos de lo vivo.
Ilusiones perdidas en un oscuro telón de la noche
no estrellada.
Tormenta. Oigo los truenos a lo lejano.
Estúpidos grillos cantando sin razón... aparente.
¿No hay tormenta?
Sí, pero hay tormenta.
Rugir de la rama, rugir de la hoja
arrastrada sin remisión.
¿Qué ocurre?
Araña sedienta de noche,
de oscuras hazañas negras.
Diminuto grillo danzante. ¿Qué es?
La niebla penetra por los ojos y se intuye
en los labios agrietados.
Sequía.
Piel también agrietada;
finas baldosas con espacios intermedios
que no las unen en un irregular pavimento
entrecortado, seco.
Carácter. Tormenta seca. Temperamento apagado.
Agotada su fe.
Es la negra nube que no se distingue
del más negro cielo,
de la muy negra balsa flotante y mecida del mar,
del negrísimo sol que no existe
en el ya extinguido ocaso.
¿Tormenta?
¿Lo siento? Sí, perdona.
Creo equivocarme.
Tormenta... pasajera.
¿No es todo?

IV

Hoy no puedo decir, como antaño, quiero.
Creo que hoy puedo pasar sola.
Hoy no puedo escribir en los libros
aquellos nombres
que un día me sugirieron felicidad.
Hoy no. He crecido, no sé si mucho,
Tal vez he vuelto atrás. Quizá
he retrocedido.
Hoy es todo distinto a ayer.
Y esta tarde, igualmente distinta a esta mañana.
Hoy no sé escribir nombres en los libros.
Aunque lo deseara.
Hoy no. Es imposible.
Ayer... sí; vana ilusión encerrada en
unos libros, como antiguos cavernícolas que,
dibujando a sus presas, creían capturarlas antes.
Así escribía yo sus nombres.
Hoy no, hoy todo es distinto...

V

Y te callas.
Y me callo; y nos callamos tú y yo.
Y los dos nos quedamos en silencio,
mirándonos,
como no convencidos por una respuesta...
Y esa contradición dentro de mí,
que somos tú y yo...
Y nos callamos los dos.
Tú te conformas
y a mí no se me ocurre pedir explicaciones;
yo hablo demasiado
y tú no me frenas...
Tú y yo, uno,
equivocados, acertadamente.
La inmensa contradicción se expande,
se hace más inmensa...
Tú y yo crecemos,
crecemos, crecemos...
A veces nos diluímos uno en otro,
pero en seguida surge la contradicción.
Emergemos...

VI

Sí, tuve miedo al hombre,
miedo a sus juegos,
miedo a sus trampas,
a sus miradas, a sus palabras.

Miedo a la compañía,
miedo a la soledad;
tuve miedo al Hombre
y a lo inhumano.
Miedo al silencio
y a la palabra.

Miedo al desnudo,
a la careta;
miedo a la insidia
y al abandono.

Es la contradicción
del miedo.
De mi miedo dentro y fuera de mí.

Yo fui mi miedo.
Mi miedo se encarnó en mí.
No conseguí sacarlo.
No consiguió salir.

Es eterno espejismo.
No se disipa.
Mi miedo...
y mi pequeña esperanza.

VII

Sigue lloviendo.
El sonido de la lluvia, toda esta tarde...
en el pavimento frío...
Es el sonido de las gotas de lluvia,
cayendo sobre el frío pavimento.
Es esta tarde oscura,
este contradictorio afán de estar, a solas, con otros.

Y continúa lloviendo.
Y yo aquí, escuchando el sonido de la lluvia,
triste, apagada, sola...
Escuchando el gemido de las gotas,
y la monotonía del caer lento...
Es la lluvia y ese secreto oculto que la hace enigmática...
... Y continúa lloviendo...

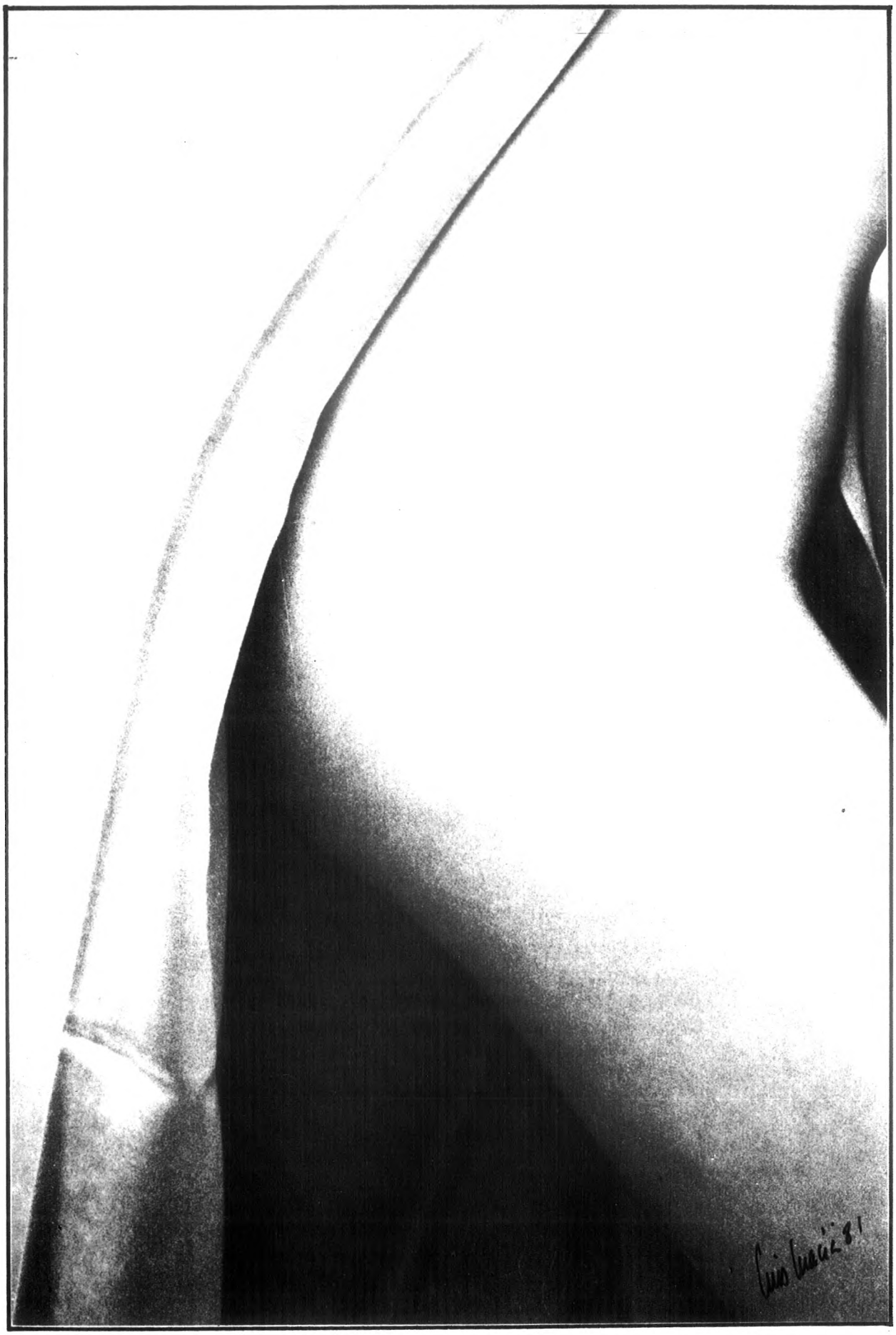
Para siempre.
No dejará de llover.
Una lluvia eterna. Un sonido eterno.
Eternas gotas gimiendo en una tarde oscura...
Como esta tarde.
Charcos inundados.
Alcantarillas que no los liberan porque no existen.

Y yo aquí, contemplando los charcos;
con el alma llena de charcos, que se ensanchan;
charcos cenagosos tan grandes, tan enormes,
tan inmensamente enormes...
No puede dejar de llover.
Para siempre...
no dejará de llover en mí.

LUIS GARCIA del PINO, hermano de Silvia García del Pino. Nació en 1960 y reside también en Alicante. Actualmente está cumpliendo sus deberes militares. Ha estudiado C.O.U. y ha compartido vocación y magisterios con su hermana. También publica en este número sus primeros poemas.

I

Palabras;
sonidos que se pierden
llevados por el viento.
Palabras;
frases acumuladas en montones de piedras,
duras, inamovibles.
Palabras
que suenan de bocas lascivas;
inconscientes, ingenuas.
Sonidos que agobian;
silencios deseados.
Palabras;
palabras inventadas por el hombre
para no decir nada.
Caminos sin fin,
praderas sin horizonte.
Rueda buscando el sendero.
Un sendero que no llegará
porque tiene envidia del humo,
de la hoja caída.
Un sendero lleno de piedras
de granito, de alacranes,
de palabras que se lleva el viento.
Palabras.
¿Recuerdas mis oraciones?
No: eran palabras.
Palabras de alcohol, de espuma salada,
Sueños de un pasado incierto.
Palabras.



II

Soñé la noche pasada que volvía a la vida.
Soñé que soñaba susurros de un viento peregrino
en aleteos de palomas de algodón.
Regresé a la vieja casa del pueblo.
Con sus gruesos muros de barro cocido,
con sus ventanas de seda,
con sus muebles añejos.
Sentí su frío agonizar, su callado estar.

Soñé la noche pasada y soñé que soñaba
en una habitación de tímida luz impregnada
coger el rayo esquivo de un sol miedoso.
Crujían las maderas al paso áureo
de un alma vagante que camina adormecida.

Soñé y soñé que soñaba
de tus cabellos dorados trenzar el trigo
en ramos tibios de ilusiones.
Por tus ojos de cristal penetré en el mundo luminoso
de una inocencia infantil y bondadosa.
En un movimiento tembloroso de ardilla asustada.

Soñé, y al soñar un sueño tan maravilloso,
desperté con los puños cerrados,
con los ojos deslumbrados de un sol filtrado en tul;
con la boca seca y el corazón
vagando perezoso por un cuerpo sin vida.

III

¿La viste?
Su cara arrugada de ojos esquivos;
su boca babosa falta de dientes;
sus manos heladas; su rostro sin vida.

Pero fue joven.
Llena de una juventud desbordante.
Tenía la vida a sus pies,
caminando entre rosas de bellos colores.
Fue esa paloma;
fue el monte más alto,
fue el cálido rayo de sol penetrante.
¿La viste?
Su corazón cansado.
Su cuerpo torcido de pies sucios.
Su alma dolorida de sonrisa mal oliente.
Sus greñas nevadas.
Y tuvo al mundo en sus manos.
Caminar excitado levantando
polvaredas de aplausos.
Ojos inmóviles de brillo desusado.
Corazón que salta
en un pecho de ensortijadas aventuras.

Y ahora...
camina tropezando en sus recuerdos.
Recuerdos que olvidados se pudren
en un baúl desataviado.
Muere cada día más
y es su agonía la más alegre de sus penas.
De sus labios arrugados, apenas un soplo de aliento sale;
y al salir comprende que podrá ser
el postrero respirar de un cuerpo dolorido.
Contempla callada y esquiva su baúl estropeado
de marido, hijos y ánimos lleno,
y siente en su pecho la presión de un alma huidiza
que antes de emprender su vuelo peregrino y errante
sacude las alas entumecidas.

¿La viste?
Era sol y es arena.
Era trigo y es estiércol.
Era joven, era vida y ahora...
está muerta.

IV

Amor profundo

El charco; reflejos de mi alma.
Sentimientos comprimidos en el reloj de arena.
Arena caliente, mar frío.
Olas de espuma que besan tus pies.

Ese banco de mármol yerto, superficie gélida, descansa.
Lleno de arena permanece inmóvil.
Tiempo; años, días, horas, minutos.
Relojes parados en el campo santo.
Llenos de arena;
de gusanos blancos que devoran sus entrañas.

Llovía en tu ventana.
Sonaban tus pasos de algodón en el pasillo.
En un pasillo de cuerpos espumosos y negras vanidades.

Gotas que ahogan mis angustias,
que apelmazan la arena en tu pasillo
y oxidan los engranajes del tiempo,
de tu corazón comprimido,
de mi ansiedad febril.

Charcos de cristal que ocultan la verdad.
Espejos azulados de barrizales inhumanos.
Olivos de aceitunas putrefactas que rodean mi altar.
Siento miedo de los cuervos
que destrozan mi maizal
con una angustia sin fronteras que rompe
los cristales del reloj.

Corazón comprimido.
No puedo decir lo que siento.

V

Ansias

Nace despegándose penosamente el cascarón.
Mira con sus ojos de alfiler
el nacimiento empapado en lluvia,
salpicado por los charcos.

Nace inundado en gotas de asfalto
que estallan en coronas de cristal.
Tiene frío.
Siente la vida adormecida en torno
y apenas respira.
Le duele el aire y las montañas que lo cercan.

Clavado en alfileres agoniza.
Nada más nacer siente el dolor de la muerte
y el amargo sabor de la sangre
que inunda su boca.

No ha visto el mundo y ve
la cortina que le ciega.
Apenas respira,
le duele el aire y la oscuridad.
Es de día.
Cae mansamente sobre su cuerpo empapado
la tela de araña;
se enreda como un moribundo entre sábanas blancas.
Y muere;
porque tiene derecho a yacer entre los charcos,
entre las cortinas de saco
y las llantas de goma.

Era su muerte y supo vivirla.

VI

Mi agonía

Dulce agonía, sereno correr del veneno por mis venas.

Lucen las nubes su traje enlutado de grises y pálidos harapos.

Corre por el sendero sin freno que has perdido. Los pies doloridos, el corazón a un costado y la boca ensangrentada. Las manos petrificadas, el vientre saltando y los ojos rasgados.

El cerebro deshecho y licuefacto, derramándose, cayendo viscoso por las ropas empapadas de olor a miedo.

La cara cortada en dulce agonía, sereno correr del veneno por mis venas.

La tierra mojada lleva en sus entrañas tu semilla y se abulta en el horizonte. Sale de su vientre el sello, el cuño de tu obra, la mano que crecerá como un árbol entre el humo y la niebla, entre la oscuridad y la lluvia; que se enredará y retorcerá y lo tocará todo. Aire, agua, tierra... y muerte.

Sonidos. Sonidos del silencio. Susurrantes y taciturnos. Oscuros y tenues que sólo son sonidos. Sonidos del silencio.

JOSUNE INTXAUSPE PREGO nació en Pasajes de San Pedro (Guipúzcoa) en el año 1963. Desde hace cinco años reside en Alicante. En 1980 obtuvo el Cuarto Premio Provincial en el certamen convocado sobre Quevedo, en «El día del libro». Hace tres o cuatro años que escribe, pero los poemas que transcribimos son los primeros que publica. Actualmente realiza los estudios de C.O.U.

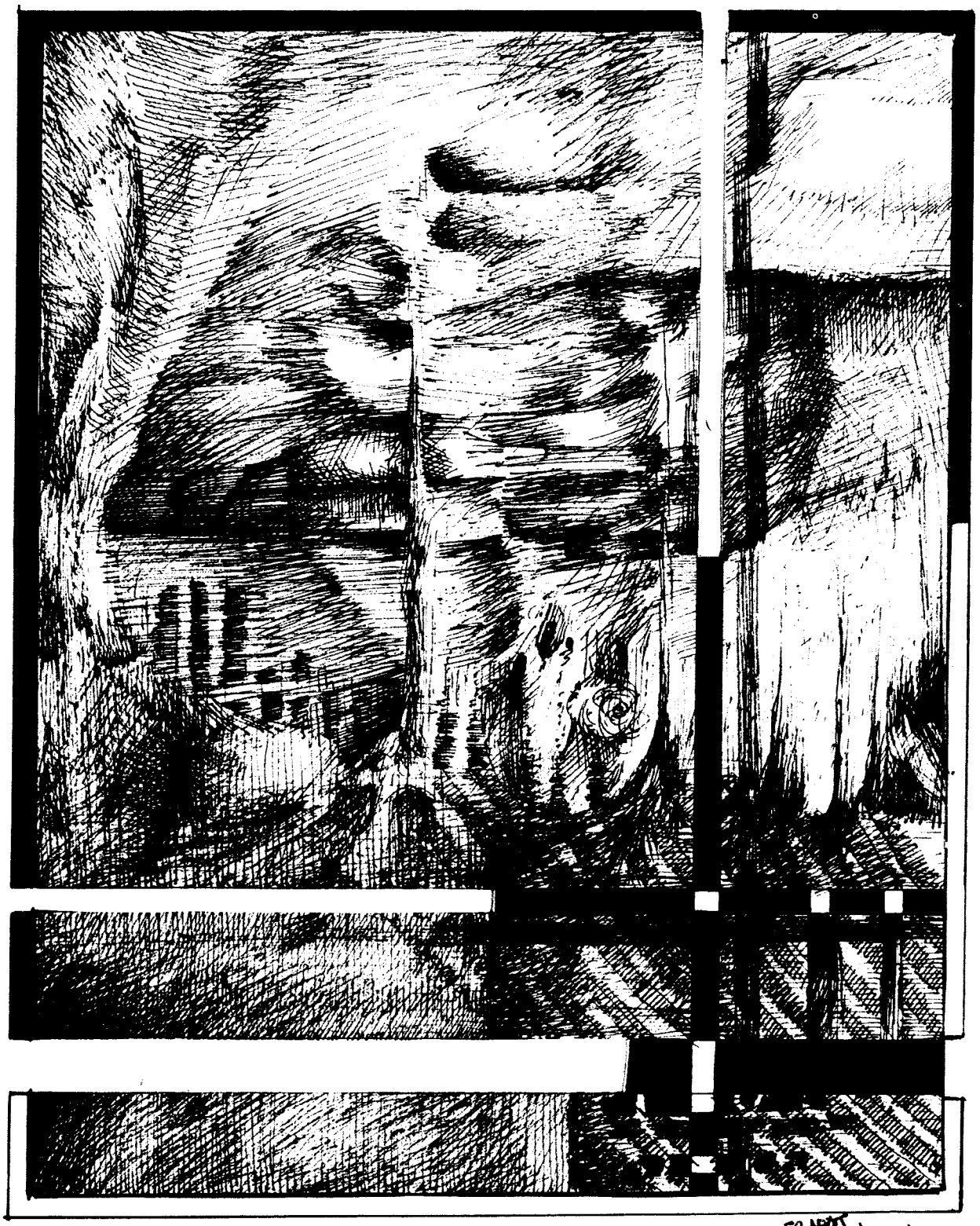
«Mi bámbola»

Hoy, bámbola, quiero jugar contigo
en ese mágico desván donde los recuerdos y los sueños se confunden,
donde tantas y tantas tardes de invierno
hemos sentido el calor de nuestro imaginario mundo,
construído paso a paso,
verdad a verdad, ilusión a ilusión...
Donde me has hecho salir de mi oscurísima alcoba
y ver con los ojos cerrados mi ansiada felicidad,
y correr descalza hacia ella
sin sentir los pinchos de mi antiguo sendero rozar mi piel,
y reír sin freno sólo por haber aprendido a reír,
y amar...
Sí, bámbola,
amar todo aquello que me hace respirar un aire nuevo,
amar a quienes hasta hoy han moldeado mi barro,
querer a los que en mi confían
y dar mi mano al que como tú, me ha hecho vivir otra vez,
y luchar...
Sí, mi pequeña bámbola,
luchar contra las duras cadenas que me oprimen,
romper todas las risas falsas que me puedan atraer,
quemar el leño de amargura que intente crecer en mí,
rechazar cualquier viento que pretenda destruir mi auténtico yo.
No te imagino como cualquier otra muñeca de un bazar,
tú eres mi bámbola,
esa que mueve tanto la cabeza,
que no para, que siempre se está meciendo,
esa que tan pocos conocen y tantos creen conocer.
Ahí estás tú,
en el desván de nuestros sueños juveniles,
y estarás siempre que juegue a soñar y a ser feliz en sueños.
No existe para ti la realidad,
el tuyo es un extraño mundo confortable y peculiar
donde he podido crecer sintiéndome yo misma,
y contigo...

Escucha bámbola,
sé que nunca seré ya una triste poeta,
soy demasiado feliz en el mundo que me has enseñado
como para volver a mi oscura alcoba.
Mis palabras laten en mí con la alegría de mi corazón,
y mi corazón contiene toda la fuerza de un mar enfurecido.
Y tengo que querer todo aquello que de verdad quiera,
escribir todo lo que de verdad sienta,
y gritar todo lo que mis labios no pueden contener más tiempo.
Oye bámbola,
quizá pronto nos separe la distancia
y el ruido de un viejo tren nos haga recordar qué existimos.
Si alguna vez eres la única de tu estante y te invade la soledad,
mueve tu cabeza y camina hacia el libro amigo que contiene
todo lo que yo sentí,
y búscate en él, pequeña bámbola,
allí estarás segura, más fiel tu imagen
que en el espejo más transparente de la tierra.
Búscate, encuéntrate y recuerda por unos momentos
lo que fuiste y siempre serás,
mi bámbola amiga, mi mejor compañera de sueños y realidad,
mi mago encantador,
la más impaciente de las muñecas, la más impulsiva de todas.
Habrá distancia,
pero encuéntrate en algún lugar
donde el papel seguirá siendo mi fiel mensajero,
donde esté la sombra de un árbol, el ruido de las olas,
el calor de un ser querido junto a mí,
y tu vivo recuerdo.
Allí estará tu poeta, bámbola,
no lo olvides nunca, te esperaré...
Porque a mi desván, al tuyo y al mío,
conducen dieciséis peldaños de una escalera joven
que tú me enseñaste un día,
y por los que subiendo contigo
estoy siendo el ser más feliz de la tierra.

«Septiembre»

Huelo a septiembre,
puedo decir que es un olor especial, un olor viejo,
un olor antiguo, tal vez el de siempre,
el mismo que sentía cuando caminaba por vez primera
con los libros bajo el brazo.
Huelo a septiembre,
a hojas secas, al crujir de mis pisadas sobre ellas,
a una luz cada vez más intensamente breve,
a una oscuridad enorme y profunda
que me va invadiendo,
que se apodera de mí,
que fácilmente me absorbe en sus entrañas
y me infunde temor...
Huelo a septiembre,
y sé que volverá el reto de los árboles
a que camine bajo ellos con pasos seguros,
no dejando robar al viento sus hojas,
y sé que el frío me pedirá calor
y lo acogeré cálidamente.
Sé que el cielo se irá oscureciendo
y el sol nos dedicará escasas representaciones,
pero me dará alegría verlo cuando luzca.
Pienso en la lluvia,
como en el enorme llanto de las nubes
que también, como yo, necesitan ser escuchadas.
Tal vez por eso ame el silencio,
porque cada gota dice algo,
es una canción interminable que intenta atravesar los cristales
y casi nunca lo consigue.
Huelo a septiembre,
y siento que ese mismo olor se torna distinto,
y me siento capaz de retar a todo un frondoso bosque desconocido,
mis ojos, abiertos y dispuestos a contemplar un nuevo horizonte
donde la luz y la oscuridad se disputen el mejor papel.
Seguiré, con los libros bajo el brazo,
como años atrás, con el temor ocultó,
la mirada valiente y decidida.
Sí, huelo a un auténtico septiembre
en el que otra vez comenzará mi vida,
donde se sentirán mis pasos,
mis fuertes y firmes pasos llenos de aciertos y errores.
Pero en el fondo más lejano de la tierra,
sabrán que soy yo quien camino.



PER-MART 1
8 ELITROF
MACIAS 1

«Mi más triste adiós»

Otra vez mi adiós cercano,
próximas a mis ojos miles de lágrimas que en ti quieren morir,
otra vez mi mente clavada en tus montañas
contemplando el cuadro perfecto del mejor pintor...
Otra vez mis manos ardiendo,
clavadas en ti, queriendo plantar mi semilla viva para siempre,
queriéndote acariciar para sofocar juntas nuestro dolor.
Otra vez mi llanto silencioso, tierra,
mis confusas palabras regaladas al viento para que
en una tarde de lluvia, tú las puedas escuchar.

Emigro a un lugar lejano
donde hay un horizonte inmensamente azul
y tristemente seco y llano.
Donde el sol no conoce descanso,
y brilla incluso a la par de las estrellas,
y junto a un mar quieto y tranquilo que no comprende mi furia.
Allá me voy, tierra, tierra mía y de los míos,
allá me voy llorando y sin saber lo que me separa de ti.
Allá me voy pidiendo la paz a gritos,
reclamando al cielo que vuelva a ti
todo lo que el odio te robó y no ha vuelto a brotar de nuevo.
Me voy sintiéndote más mía que nunca,
porque te llevo en mi desde que mis ojos se abrieron a la luz
y pudieron contemplar tu belleza y sentir tu pasión.
Me voy con la esperanza en el corazón,
de volver a verte, de susurrarte mis palabras al oído,
a ofrecerte mis manos para levantarte,
para alzar tus montañas a la cima que se merecen,
y vivir en paz...

Y aunque lejos, muera de nostalgia,
volveré a verte, porque aquí dejo mi corazón,
y mis ojos no se cerrarán del todo
hasta no sentirte, tierra, sobre mi piel,
hasta no saber que en ti dormiré eternamente,
hasta no sentir el canto de los pájaros,
el ruido de las olas al romper el acantilado
y la lluvia que te invade con fuerza.

Me voy con tu recuerdo,
con la alegría que tu fuerza me infunde
para mover una ola de aquel sosegado mar,
para hacer llorar a una nube sin compasión,
y para llevar tu presencia honrada y noble
a otra tierra que no te conoce,
pero que contiene en el aire
mis sinceras palabras de amor por ti...

Amigos

Cuando un niño nace a la vida,
busca, como el propio aire, el pecho de alguien que lo ame,
se agarra fuertemente a un cabello suave y seguro
y grita con todas sus fuerzas si sólo encuentra la soledad.
Empieza a caminar,
y da sus primeros pasos sintiendo la presencia de ese otro ser,
consigue su meta si la alegría de quienes lo rodean
le hacen creerse un vencedor.

... Y cuando pasan los años,
el joven sigue necesitando el apoyo que tenía de niño
y busca incansablemente al otro.
Conoce a muchos,
y son tantos los que le fallan que se siente un infeliz.
Pasa un largo tiempo solo, sin nadie a quien recurrir,
y casi vive acostumbrado a la soledad,
pero nota que su vida, toda su alegría, se apaga lentamente.
Unos ojos distintos le hacen salir de su letargo
y vuelve a ser el mismo caminante en busca del otro.
A veces, nota que le abandona la preocupación de lograrlo,
se siente completamente libre,
le gusta estar con «él» porque puede sentirse él mismo,
nada le exige, todo lo da porque le sale de dentro,
y él tampóco ha necesitado reclamar nada.
Un enfado sólo supone una reflexión,
y suele disminuir la distancia cada vez más pequeña.
Basta una palabra de aliento en los momentos difíciles,
para tener la seguridad de que está a su lado,
porque día a día aprende a quererlo,
día a día lo va sintiendo necesario para seguir.
Comparte con él sus inquietudes,
los planes para el futuro,
y su idealismo se compensa con su enorme sentido práctico.
Sigue mirándole a los ojos,
aunque los demás digan que pronto dejará de hacerlo.
Se ve que los otros no han comprendido lo que hay entre ellos,
no han tenido la suerte de experimentar algo parecido.
¿Y eso qué le puede importar?

Ya es feliz,
quizá llegue a amar tanto a una persona alguna vez,
o incluso más.
Pero junto al calor de una fogata,
en el duro frío de una guerra,
o en el rutinario trabajo de cada día,
sabe que está destinado a no morir nunca.
Seguramente era eso lo que buscaba desde que nació;
con él llevará un montón de recuerdos vivos,
y vivirá eternamente en el otro como el otro vivirá en él
y la gente seguirá sin entenderlo,
tal vez porque nadie les ha enseñado nunca
lo que significa TENER UN AMIGO.

MIGUEL RUIZ MARTINEZ nace en la huerta de Orihuela, en el año 1945. Hasta los 19 años compagina el trabajo en la tierra con los estudios de Bachillerato en el Instituto Laboral de su ciudad y los de Magisterio en la Escuela Normal de Murcia. Desde entonces es Maestro Nacional en distintos lugares de la provincia. Es Licenciado en Geografía e Historia. En la actualidad reside en Santa Pola, donde trabaja. Está casado y tiene dos hijos. Ha publicado algunos poemas en Antología oriolana 1971 y en el número 19 de la revista del I.E.A., en 1976.

Que vienen los niños

Y Viriato
y Jerónimo
y Moisés
se lanzaron
al barranco:
que vuelen los saltamontes
que se escondan los grillos
que escapen las lagartijas
que vienen
ellos,
los niños
que el maestro ha dicho
que pueden llevar a clase
animalitos, plantas
y bichos.
Que las semillas se aprieten en sus vainas
que se oculten las ranas y las moscas,
que vienen ellos,
los niños.

Una ventana

Una ventana
es un agujero
para mirar
desde un aula.

«Educandos»

Y vosotros
niños hijos míos
dicen que alumnos míos
qué soy yo para vosotros
pajarillos encerrados entre cuatro paredes
con cuatro agujeros para ver desde dentro
lo que se ha quedado fuera.

C Torres
ELN-81

Los barcos

Los barcos son pequeñitos,
pequeños,
medianos,
grandes,
cuando vienen.
Los barcos son grandes,
medianos,
pequeños,
pequeñitos,
cuando se van.

Montando en bicicleta

Por el camino,
montado en bicicleta,
me paseo,
señor de toda la Tierra.
Y montado en bicicleta
corto el aire de abril
mientras toco el timbre
y pedaleo con fuerza.

El charco que hay en el patio de mi escuela

En el patio de mi escuela
hay un charco muy grande.
El cielo,
la escuela
y el sol
son más grandes que el charco
pero
caben dentro de él.

Yo

Yo soy yo.
Miro.
Digo
Ando.
Como.
Río.
Lloro.
Canto.
Yo soy yo.

Mis pies

A mis pies les gusta la tierra.
Están siempre en el suelo.
Se mueven,
andan,
corren,
saltan,
jugando a escapar de la tierra.
Pero no es verdad que quieran escapar,
porque vuelven,
vuelven siempre
a la tierra.

El camino

De mi casa a la escuela
hay un camino.
Voy y vengo,
vengo y voy,
todos los días,
de mi casa a la escuela,
de la escuela a mi casa,
todos los días.
Cuando salgo de mi casa
sale el sol y cantan los pájaros.
Cuando salgo de la escuela
el sol está alto
y los pájaros vuelan.

Julio

Mi-ma-má-me-a-ma.
No, no dice mi mamá me ama,
dice oía a mamá.
No, no, de memoria no.
No leas de memoria.
Y Julio me mira
y no lee lo que dice ahí.
Y mira por la ventana
saliéndose de la clase,
donde se vea el horizonte
y se pueda leer
Mi-ma-má-me-a-ma.

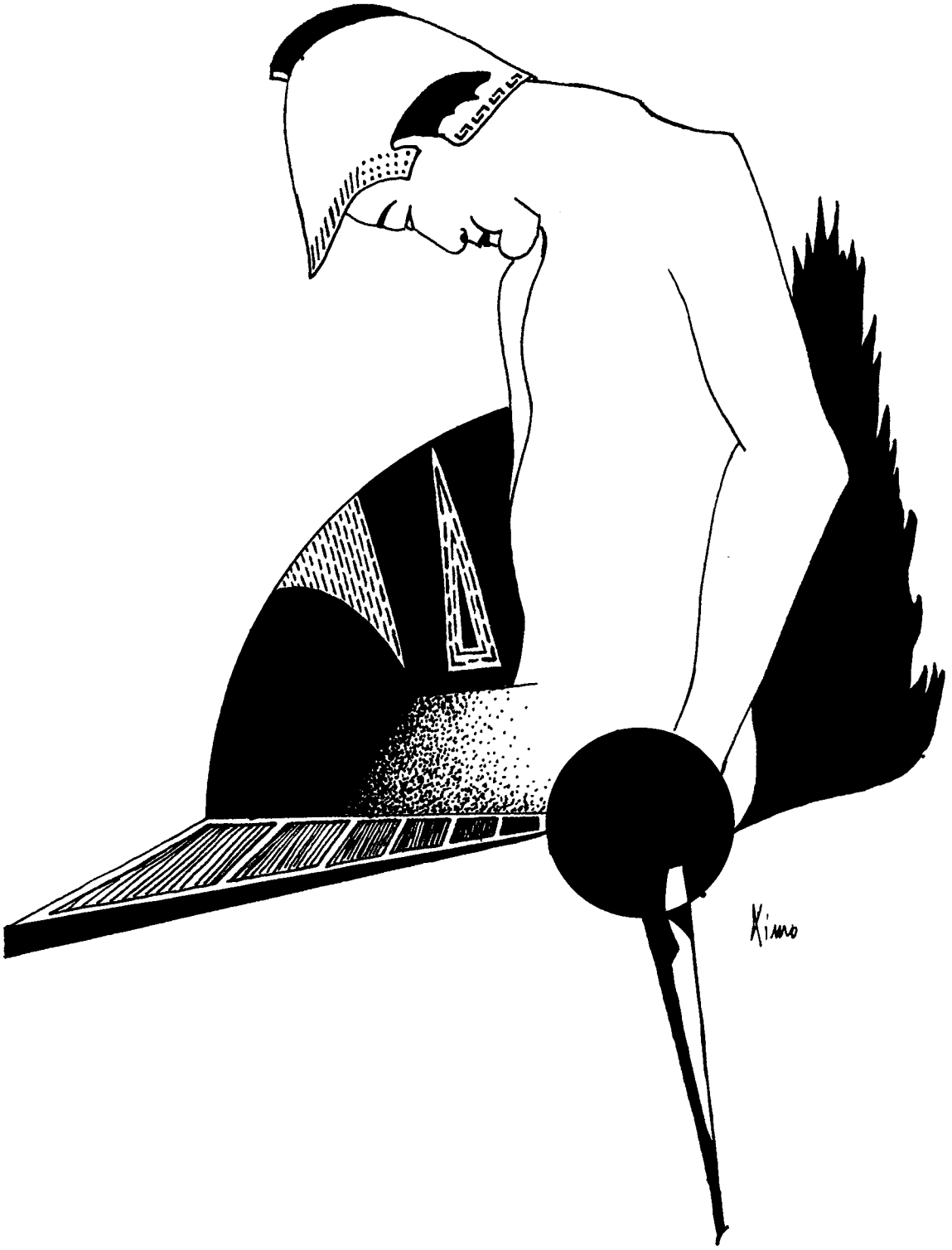
ROSA MARIA BERNABEU nació en Alicante en 1962. Desde muy pequeña ha gozado de salud deficiente y estudia Bachillerato libremente, recibiendo las clases en su casa, por miembros de Auxilia. Poeta de gran sensibilidad, su entereza y carácter le dan ánimos para contrarrestar su enfermedad. Ha escrito numerosos poemas, de los que hemos entresacado la muestra que publicamos.

Por que exigiste...

Esta será tu poesía
escrita en el silencio de un deseo escondido,
recitada en la soledad de una noche
interminable,
dedicada a las palabras
que me ofrecieron consuelo,
a las sonrisas que me han hecho
creer en la felicidad
de un sólo momento,
y que sólo a ti pueden pertenecerte.
Este será un poema
que no encontrará su límite
en la admiración o la belleza,
sino en el más puro amor,
en el más firme sentimiento.

No situará su cumbre en un título,
sino en el sentimentalismo,
en la melancolía...

Esta será tu poesía,
sin poseer mayor musicalidad
que una caricia,
ni métrica más exacta
que la de los pasos que de ti
me separan,
ni acentuación más cuidada
de la que merecen las palabras
que en mi interior
suplican ser escuchadas...
Un poema que no es más...
que yo... ¡por ti!


Ximo

Contigo

Contigo volaría a un más allá
forjado
de poemas impracticables.
Extendería las manos
hasta tocar con ellas
la libertad.

Mantendría abiertos los ojos
hasta deslumbrarlos
con la felicidad de tenerte cerca.
Sentiría hasta estar llena
de paz...
Contigo, sólo contigo...

Descubriéndote

Temblabas al hablar,
escondías las manos para evitar
tu impotencia,
sonreías disimulando tus deseos
de llorar...
Querías alejarte de todo el mundo
y refugiarte solo
en aquella dimensión que ambos
habíamos creado
apenas sin notarlo.
Pero te quemaba la inseguridad,
te agobiaba el riesgo.
Te llamas hoja al viento,
te nombrabas autosuficiente... mientras
en el fondo de tus contradicciones
transmitías la suplicante necesidad
de amar y ser amado.
Hubieras querido huir de aquel momento
de Verdad,
pero te mantuviste firme,
sujeto a algo que no sabías identificar
y por lo que vibrabas.
Tenías miedo de desatar tus sentimientos,
miedo de no ser comprendido.
No podías soportar otra desilusión,
otro engaño.
Te dolía admitir que me necesitabas,
te dolía admitir
que necesitabas a alguien.
Y a mí,
me dolía no poder ayudarte...

A un gran amigo

Si estuvieras aquí
te abrazaría en silencio
encontrando así mi mejor refugio.

Si estuvieras aquí
compartiría contigo cuantos sueños
y realidades poseo.
Te diría que jamás
me confié a nadie
como a ti me confío,
te pediría
que no me abandonaras nunca,
que nunca me olvidaras.

Te hablaría
de lo mucho que te necesito,
de lo mucho que te quiero.

Si estuvieras aquí...
te ofrecería lo que en la profundidad
de mis sentimientos ha nacido
para ti,
y que no conocerá nadie.

A Merche

Que acepta la amistad y la vida con sentimientos sinceros, y que todavía llama a las cosas y los hechos por su nombre.

La gente dice que eres niña...
La gente dice que eres insensata...
La gente dice que no llenas
tus noches de pensamientos...
Y sonríes y callas,
y sonríes y guardas...
Callas la mujer que llevas dentro,
guardas la madurez que crece en ti...
Como obligándoles a esperar
tu estallido final.
Como riendo de su seria ignorancia.
La gente dice que tienes para vivir
tu mundo aparte...
La gente dice que la ingenuidad
decora tus sueños...
La gente dice y dice...
pero no respondas,
no descubras lo maravilloso que llevas dentro.
¡Qué te importan sus censuras!
No cambies nunca... continúa siendo,
que la gente no entiende tampoco
a los poetas;
no entiende la sensibilidad de aquellos
que miramos a la vida de frente,
a cada una de las pequeñas cosas
que flotan a lo largo de su cauce...
Y tú, amiga,
tienes en el fondo bastante
como yo... de poeta,
aunque nuestros poemas
sean versos y estructuras
tan libres
como la locura que rige en nuestros actos,
como la niñez que domina
nuestra risa,
o ese llanto irreconocible.